

**CENTRO DE ESTUDIOS LITERARIOS  
ANTONIO CORNEJO POLAR**



---

Narración e invención de Concolorcorvo en "el Lazarillo de ciegos caminantes" de Alonso Carrió De la Vandra

Author(s): José Francisco Robles

Source: *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, Año 34, No. 67 (2008), pp. 85-93

Published by: [Centro de Estudios Literarios "Antonio Cornejo Polar"- CELACP](#)

Stable URL: <http://www.jstor.org/stable/25479048>

Accessed: 17/11/2013 18:10

---

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at <http://www.jstor.org/page/info/about/policies/terms.jsp>

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.



<http://www.jstor.org>

*Centro de Estudios Literarios "Antonio Cornejo Polar"- CELACP is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to Revista de Crítica Literaria Latinoamericana.*

## **NARRACIÓN E INVENCION DE CONCOLORCORVO EN EL LAZARILLO DE CIEGOS CAMINANTES DE ALONSO CARRIÓ DE LA VANDERA\***

**José Francisco Robles**  
*Universidad de Chile*

Revisando el prólogo de las *Cartas Marruecas* (1792), del destacado intelectual español José Cadalso, leemos la prevención que éste nos hace sobre el azaroso suceso que llevó a estas epístolas a la imprenta. Según Cadalso, estas cartas fueron encontradas casualmente por él, quien creyó conveniente publicarlas por el importante asunto del que daban noticia. Cadalso escribe: “yo no soy más que un hombre de bien, que ha dado a luz un papel, que me ha parecido muy imparcial, sobre el asunto más delicado que hay en el mundo, que es la crítica de una nación” (1970: 24). Por ser el supuesto editor, teme ser considerado como un “mal español” por la descarnada crítica que en ellas encontraremos. Este delicado contenido –la crítica a la nación española– estará a cargo de tres emisores y, al mismo tiempo, receptores de tales cartas: dos moros marroquíes viajeros por las tierras peninsulares, Gazel Ben-Aly y Ben-Beley, y un español cristiano, Nuño. Los tres intercambiarán distintas visiones críticas sobre un mismo objeto, la España del siglo dieciocho. Algo parecido –aunque no del todo similar– encontraremos varios años antes en la construcción narrativa del *Lazarillo de ciegos caminantes* (1775)<sup>1</sup>, obra de Alonso Carrió de la Vandera, visitador de Postas y Correos para el tramo comprendido entre Buenos Aires y Lima.

El texto de Carrió estará enmarcado por los procesos reformistas de la ilustración borbónica en América, aplicados de forma más clara entre los años 1759 y 1788, bajo el reinado de Carlos III. Algunos de los principales ejes del denominado reformismo borbónico buscarán, no sin problemas, la paulatina centralización administrativa metropolitana, una renovación del pensamiento económico hacia un liberalismo que intentará imitar los logros de la Europa extrapeninsular y, con relación a sus colonias americanas, un deseo de control y redi-

reccionamiento de su orden interno en procura de obtener mayores beneficios de sus territorios<sup>2</sup>. La centralización de los poderes administrativos en Madrid como mecanismo de control, implicará una supervisión más estrecha sobre la sociedad americana y el conjunto de recursos naturales y económicos que la conformaban. (Lynch 2001: 89) Esta estrecha supervisión no sólo se expresará con las constantes visitas realizadas por oficiales de la Corona, sino también en la proliferación de algunos de sus escritos, como las *Noticias secretas de América* (1747) de Jorge Juan y Antonio de Ulloa y el de Félix de Azara *Descripción del Paraguay* (anterior a 1800), entre muchos más. Estos textos pertenecientes a funcionarios borbónicos buscarán dar cuenta de la situación de las tierras americanas, como un medio de entregar al Estado español un informe de la diversidad de tipos humanos, de territorios, de recursos naturales, junto con los posibles frentes para una renovada explotación comercial de la región. Así nacerán múltiples enfoques y pensamientos que propondrán la aplicación de dichas reformas y promoverán propuestas políticas desde su visión directa del continente, dependiendo del área de intereses propios de sus cargos. Pero todos estos textos poseerán, en el fondo, un mismo objetivo: renovar el pacto colonial entre la metrópoli y América.

De todas formas, y por lo general, las obras de estos funcionarios imperiales dirán más de lo que se les encomienda, pero no menos de lo que realmente se debe escribir para mantener vivo el fulgor eurocéntrico y colonialista de las representaciones estereotipadas de los americanos, como señala Elena Altuna (2002)<sup>3</sup>. Esto es lo que impulsará, en gran medida, la compleja escritura del *Lazarillo de ciegos caminantes* que llevará a cabo una redefinición funcional y simbólica de los elementos que configuran el virreinato del Perú. Es decir, Carrió describirá y propondrá una serie de problemas y soluciones sobre el asunto de las postas, mansiones, comercio de mulas, entre otras, directamente relacionadas con su cargo, como también una serie de conflictos y propuestas acerca de lo que él ve en el resto de la sociedad. Este último eje es el que a nosotros nos parece más trascendental para el estudio de este texto.

La obra será estructurada en dos partes, con diferentes propósitos predominantes en cada una. La primera tendría como objetivo evaluar el “estado de la cuestión” de una parte de la región que el visitante recorre y, la segunda, la de proponer algunas soluciones ante los problemas que él cree identificar en los territorios inspeccionados de Buenos Aires a Lima. En la segunda parte, la que se iniciará con su llegada a Potosí y su posterior paso al Cuzco, hará referencias al importante trabajo de mitas y obrajes realizados por los indi-

os, justificándolo a partir de una serie de argumentos que buscan dejar en claro el beneficio que éste tiene para los indios y que ellos no saben aprovechar. Es en este punto donde se lanzará a justificar la colonización española en América, recurriendo a una reinterpretación de la historia americana desde Colón a su actual monarca Carlos III.

Para llevar a cabo su tarea –al igual que Cadalso– Carrió también “inventará” un autor de su obra. Esta vez, eso sí, no serán moros sino un supuesto descendiente inca, Calixto Bustamante Carlos Inca – alias Concolorcorvo –, quien como un amanuense extraerá y reescribirá las memorias dejadas por el visitador sobre su extenso viaje. Así lo podemos apreciar, por ejemplo, en el extenso título original de la obra:

El Lazarillo de Ciegos Caminantes desde Buenos Ayres, hasta Lima con sus itinerarios según la más puntual observación, con algunas noticias útiles a los Nuevos Comerciantes que tratan en Mulas; y otras Históricas. Sacado de las Memorias que hizo don Alonso Carrió de la Vandera en este dilatado viaje, y Comisión que tuvo por la Corte para el arreglo de Correos, y Estafetas, Situación, y ajuste de Postas, desde Montevideo. Por Don Calixto Bustamante Carlos Inca, alias Concolorcorvo, Natural del Cuzco, que acompañó al referido Comisionado en dicho Viage, y escribió sus Extractos.

Este hecho generará una “tensión enunciativa”, como apunta Susana Zanetti (1999: 255), en la cual aparentemente dos manos –las de Concolorcorvo y el visitador– se encargarán de levantar el complejo edificio textual que representa esta obra de la ilustración borbónica en América. Este enlace entre las voces que encontramos en un texto estructuralmente heterogéneo como el de Carrió, converge hacia lo que acá denominaremos como un modelo de colonialismo ilustrado. En este tipo de discurso colonialista se mezclarán el racionalismo ilustrado europeo y los intereses borbónicos, dando origen a una nueva fundamentación –amparada bajo un concepto moderno de progreso– de la dominación española en esta extensa e importante región virreinal. A partir de esta ideología colonialista, la principal voz narrativa del texto, a cargo de Concolorcorvo, será utilizada para comprobar a través de un “indio” –que a veces declara ser “cholo”– los beneficios de la colonización española en América, y su defensa ante las acusaciones que contra ella se lanzan desde Europa y nuestro continente.

Desde el prólogo, la construcción de Concolorcorvo como narrador nos ofrece una serie de problemas. Al comenzar este primer apunte a la obra, se autodefinirá como un escritor ni grave ni liviano, un “peje entre dos aguas” (Carrió: 99), dejándonos claro que su obra

será tanto informativa como de divertimento<sup>4</sup>. Desde nuestra perspectiva, no sólo lo será acerca del tratamiento de su historia, sino también desde el punto de vista narrativo e ideológico de ella. Por cierto, luego de describir esto acerca de la calidad del texto, se declarará como un “cholo”, tal como dijimos en las últimas líneas del párrafo anterior, además de “descendiente de sangre real, por línea tan recta como la del arco iris” (100), con lo cual arrancará la intermitente chanza que a ratos cruza la obra, sobre todo en la voz de Concolorcorvo.

Esta autodenominación como “cholo” más adelante será reemplazada, en el mismo prólogo, por la de “indio neto”, para diferenciarse de los “mestizos de leche” que, según sus palabras, “son peores que los gitanos” (Carió: 116). La pregunta que nos sugiere este rápido cambio en el registro identitario, indagará sobre quién es el sujeto Concolorcorvo en la narración de sus “extractos”. ¿Será Concolorcorvo un cholo o mestizo que acusa de ruines a quienes, en su misma condición étnica, habitan la sierra, que es su misma condición geográfica?: “Los serranos, hablo de los mestizos, son más hábiles en picardías y ruindades que los de la costa” (115). Estas contradicciones identitarias que hallamos en el texto, acerca de la imagen que de sí construye Concolorcorvo en su narración, harán surgir una significativa serie de preguntas que tendrán cada vez más sentido hacia la segunda parte del texto. Allí encontraremos abundantes datos que, nuevamente, sobremarcarán su perfil. Justo en el momento que Concolorcorvo y el visitador arriban al Cuzco, ciudad de la cual el secretario es natural, se da inicio a un importante diálogo entre ambos. Creemos que esta estadía en el Cuzco, descrita en los capítulos que van del dieciséis al veinte, son trascendentales para la configuración identitaria de Concolorcorvo:

Iba a insertar, o como dicen los vulgares españoles, a ensartar, en compendio, todo lo sustancial sobre la conquista de los españoles en las Américas, pero el visitador, que ya tenía conocido mi genio difuso, me atajó más de setecientos pliegos que había escrito en defensa de los españoles y honor de los indios cozqueños, por parecerle asunto impertinente a un diarista, y asimismo me previno no me excediese en los elogios de mi patria, por hallarme incapaz de desempeñarlo con todo el aire y energía que merece un lugar que fue corte principal de los Incas, mis antepasados, y el más estimado de los españoles conquistadores y principales pobladores. (334)

El reconocimiento de su “genio difuso”, a partir del acto censorador del visitador, no le permitirá desarrollar su faceta de compendiar, surgida por el entusiasmo de volver a la tierra natal. Además, es el mismo visitador quien da las instrucciones de no excederse “en

los elogios a mi patria”, puesto que es incapaz de desarrollar una visión cuidadosa de ese principal territorio. En el capítulo dieciocho, su posición de subalterno llevará a Concolorcorvo a la apología de la invasión y conquista española, aprendida muy bien de las lecciones de historia que le da el visitador:

Está muy buena la crítica, dijo el visitador, pero me advirtió que en tiempos de sus monarcas y caciques estaban en peor condición los indios, porque aquellos príncipes y señores los tenían reducidos a una servidumbre de mucha fatiga [...] Los españoles sólo quitaron a estos miserables, o a lo menos disminuyeron, sus abominaciones, e introdujeron el útil uso del vacuno, caballo y mular, de las ovejas, herramientas para la labor de los campos y minas, con redes y anzuelos para aprovecharse de la producción y regalo de los ríos y playas del mar, con otra infinidad de artificios e instrumentos para trabajar con menos molestia. (363)

¿Será Concolorcorvo un “inca” –de quienes dice descender– que acepta la representación tiránica y despreciativa que el visitador hace del Tawantinsuyu, y que alaba la colonización y destrucción de su imperio de buen grado? La visión de progreso material que el visitador plantea, como un argumento colonialista, no será criticada por él. El visitador enseña, ilustra y “acultura” a Concolorcorvo, como a un discípulo sumiso que tiene que aprender la historia de su pueblo desde el tamiz colonialista. La visión del progreso material y útil, el uso de herramientas y la secuencia de modernización del trabajo indígena, son los argumentos ilustrados que intentan borrar la memoria sentimental del incario que pudiese aún sobrevivir en Concolorcorvo. Las lecciones del visitador continuarán con una metódica mayéutica diseñada por el colonizador, la cual extraerá exitosamente las respuestas que delatan al amanuense como un colonizado “aculturado”. Algunos párrafos antes, Concolorcorvo reconocerá –apremiado por los infalibles razonamientos del visitador, quien le exigirá que “hable Vm. como español, y olvide el escepticismo general de los indios” (Carrió: 362)– que son sus paisanos, y no los españoles los que han cometido las faltas, la desidia, la flojera y el robo:

Confieso, señor, le dije, que los indios en general no tienen cosa apetecible de los españoles, porque todos sus bienes se reducen, hablando del más acomodado, a una yunta de bueyes, un arado, un corto rancho en que encierran su escasa cosecha de maíz y papas [...] Su casa se reduce a una choza cubierta de paja, que llaman *ycho*, cubierta por una puerta que con dificultad se entra por ella en cuclillas, y a correspondencia sus muebles, que si se arrojaran a la calle, sólo los levantaría otro indio criado en mayores miserias. Por lo que discurro que los españoles de este siglo, y de todos los siglos, dije al visitador, no tuvieron, ni creo que tendrán que robar a los indios, y no pensando éstos, por lo general, más que en su ocio y borracheras, a que siguen otras brutalidades, afirmo que mis paisa-

nos no son robados, sino robadores de los españoles. (362-363)

¿Será Concolorcorvo un caprichoso “indio neto” que propone la imagen de sus propios paisanos como seres flojos, borrachos y la-drones? ¿O, simplemente, alguien que “no atina a definirse”, como asegura Zanetti (1999: 262)? Estas tensiones identitarias que desca-libran su posible definición, será resuelta –como era de esperarse–, por el visitador. El fragmento que a continuación citaré es, proba-blemente, uno de los que mejor despliega sobre la mesa el confuso mapa identitario del “cholo”, “inca”, “indio neto” o “peje entre dos aguas” del narrador Concolorcorvo. Aquí, éste se definirá a partir de lo que el visitador le responde acerca de cómo son los indios y el origen de su nombre:

¿Con que nación, le dije, compara Vm. a los indios, así por la configura-ción de su rostro, color y costumbres? Consigo mismos, respondió el visi-tador. Casi toda la Nueva España anduve y todo este reino del Perú, y no hallé otra diferencia que la que se encuentra entre los huevos de las galli-nas. El que vio un indio se puede hacer juicio que los vio todos, y sólo re-paré en las pinturas de sus antepasados los Incas, y aun en Vm. y otros que dicen descender de casa real, más deformidad, y que sus rostros se acercan a los de los moros en narices y boca, aunque aquéllos tienen el color ceniciento y Vms. de ala de cuervo. Por esto mismo, acaso, se me puso el renombre de Concolorcorvo. Sí, señor, me dijo. Pues juro por la batalla de Almansa y por la paz de Nimega, que he de perpetuar en mi ca-sa este apellido, como lo hicieron mis antepasados con el de Carlos, que no es tan sonoro y significativo: ¡Concolorcorvo!, es un término retumban-te y capaz de atronar un ejército numeroso y de competir con el de Man-co-Cápac, que siempre me chocó tanto como el de Miramamolín de Ma-rruecos. (364-365)

El bautismo de Concolorcorvo, su sobrenombre o “renombre”, es la refundación de lo que son las identidades indígenas según el visi-tador. Concolorcorvo es igual que todos los indios, es la metáfora de cada uno de ellos: “El que vio un indio se puede hacer juicio que los vio todos”, y por ello se le rebautizará como Concolorcorvo, ya que “vuestras mercedes” tienen el color “de ala de cuervo”. Si recordamos su nombre original (Calixto Bustamante Carlos Inca), veremos que tampoco sus antepasados indios le darán un significativo asidero étnico a su nombre, que sólo en el final recuerda su abolengo como descen-diente “inca”. Incluso esto será puesto en duda por el visitador, quien refiere que, como Concolorcorvo, también hay “otros que dicen descender de casa real”, los cuales son aún más “deformes” y parcialmen-te parecidos a los moros. A esto agreguemos que uno de sus nombres de pila con el que sus antepasados “indios” lo bautizan –Carlos– es nombre cristiano, ni más ni menos como el del magnánimo emperador Car-los I y el de su actual monarca, Carlos III. Además, los juramentos y



comparaciones que emite Concolorcorvo –propios de un conocimiento histórico-literario español– enfatizan y refuerzan su situación de colonialidad con la idea de imitación de modelos expresivos más o menos doctos ante su maestro, el visitador. Es ese “renombre”, como esa re-memoria del pasado y el presente de las costumbres y características de los indios con la que será re-educado, total y absolutamente aceptado por él. La idea de tener un nombre rimbombante –¡Concolorcorvo!– le seduce profundamente, sobre todo si alcanza en fuerza a los de Manco-Cápac y Miramamolín de Marruecos, dos nombres míticos del mundo incaico y del musulmán, respectivamente. Concolorcorvo se deja llevar ingenuamente por las superficies, por el ruido y efectismo de su “renombre”. El amanuense ha sido convertido en un sonido, tan estruendoso como peyorativo y ridículo, e infantilizado por las enseñanzas colonialistas del visitador que lo llevarán a desear la perpetuación de esta nueva identidad.

Finalmente, Concolorcorvo, de este modo, de narrador pasa a ser narrado por las lecciones del visitador. Se le entrega la nueva narración de una memoria, un nuevo presente y un nombre, elementos aceptados sin protestas por él. Su construcción como narrador transita, previamente, por el cerco de la narración de la cual es objeto, transformándose en una entidad subalterna o un testaferrero de ella. Esta narración estará cruzada por un proceso ideológico que forma una verdadera red en torno a la figura de Concolorcorvo y, por consiguiente, a la narración que él mismo nos entrega junto con el visitador. Ambas manos están inmersas en un pacto ideológico colonialista, partícipes de un ideologema<sup>5</sup> determinado por un sistema de valor que hasta aquí hemos esbozado como parte de las estrategias de un colonialismo ilustrado. Estos ideologemas –circunscritos aquí a los fragmentos que hemos citado, especialmente el último– resignificarán la historia americana y a los distintos actores que forman parte de ella, instalando parcial y simbólicamente lo que será el soporte argumentativo de Carrió para sus propuestas reformistas y su reelaboración de un imaginario ilustrado y colonial. Con este objetivo, la escritura del *Lazarillo de ciegos caminantes* “inventará” a Concolorcorvo como una ficticia voz “otra”, otorgándole el derecho de guardar silencio ante la narración mayor del colonialismo ilustrado en boca del visitador.

## NOTAS:

\* Este trabajo se realiza dentro del Proyecto de Investigación FONDECYT N° 1060142 sobre “La Ilustración hispanoamericana: el siglo XVIII en Chile y el área andina”.

1. Carrió (1973)



2. Ver las obras de Abellán (1988: 477), Fisher (2000: 105), Fontana, Delgado (2000: 19), Garavaglia, Marchena (2005: 31), Gelman (2000: 251) y O'Phelan (1999: 8).
3. Con respecto a esto, Altuna (2002:229) dice lo siguiente: "Pues, en efecto, una situación colonial no se sostiene sólo en la fuerza o el poderío tecnológico, no se mantiene nada más que en el dominio de los cuerpos o en la explotación de los bienes, sino antes bien en la imposición constante, reiterada, de ciertas representaciones cuyo poder radica en el ser estereotipos. Es el efecto dogmático de las palabras que afirman la superioridad racial y cultural de un grupo por sobre aquellos que conforman una "minoría sociológica": los que constituyen el objeto de representación. Quienes son habilitados como sujetos de las prácticas de textuales, en esta situación, son los funcionarios, misioneros, comerciantes, soldados".
4. Como una muestra de esta idea que acompaña la obra, podemos citar el epígrafe del capítulo primero, en el que encontraremos la siguiente frase: "*Cantando et ludendo refero vera*", algo así como "Cantando y jugando digo verdad". (Carió: 123)
5. Jameson (1981:115) define ideologema con las siguientes palabras: "The modal approach to genre must be pursued, until, by means of radical historicization, the "essence", "sprit", "world-view", in question is revealed to be an ideologeme, that is, a historically determinate conceptual or semic complex which can project itself variously in the form of a "value system" or "philosophical concept", or in the form of a protonarrative, a private or collective narrative fantasy".

## BIBLIOGRAFÍA:

- Abellán, J. L. (1988). *Historia crítica del pensamiento español*. Tomo III: "Del Barroco a la Ilustración (siglos XVII y XVIII)". Madrid: Espasa-Calpe.
- Altuna, E. (2000). "El discurso colonialista de los caminantes". En E. Altuna. *El discurso colonialista de los caminantes (siglos XVII – XVIII)* (pp. 223-237). Lima/ Berkeley: Centro de Estudios Literarios "Antonio Cornejo Polar" (CELACP) - Latinoamericana Editores.
- Cadalso, J. [1792 (1970)]. *Cartas marruecas*. Madrid: Salvat/ Alianza.
- Carió de la Vandra, A. [1775 (1973)]. *El Lazarillo de ciegos caminantes*. Barcelona: Labor. Edición, prólogo y notas de Emilio Carilla.
- Fisher, J. (2000). *El Perú borbónico (1750-1824)*. Lima: IEP. (Traducción de Javier Flores).
- Fontana Lázaro, J. y Delgado Ribas, J. M. (2000). "La política colonial española: 1700-1808". En E. Tandenter (Dir.) y J. Hidalgo (Co-dir.). *Historia General de América Latina* (vol. IV) (pp. 17-31). París: UNESCO/ Trotta.
- Garavaglia, J. C. y Marchena, J. (2005). Capítulo 2: "El siglo XVIII andino: las Reformas Borbónicas". En J. C. Garavaglia y J. Marchena. *América Latina de los orígenes a la Independencia*. V. II. *La sociedad colonial ibérica en el siglo XVIII* (pp. 31-367). Barcelona: Crítica.
- Gelman, J. (2000). "La lucha por el control del Estado: administración y élites coloniales en Hispanoamérica". En E. Tandenter (Dir.) y J. Hidalgo (Co-dir.). *Historia General de América Latina* (vol. IV) (pp. 251-264). París: UNESCO/ Trotta.

- Jameson, F. (1981). "Magical Narratives: On the Dialectical Use of Genre Criticism". *The Political Unconscious. Narrative as a Socially Symbolic Act* (pp. 103-150). New York: Cornell University Press.
- Lynch, J. (2001). *América Latina, entre colonia y nación*. Barcelona: Crítica. (Traducción de Enrique Torner)
- O'Phelan Godoy, S. (1999). Introducción. En S. O'Phelan Godoy (Comp.) *El Perú en el siglo XVIII. La Era Borbónica* (pp. 7-11). Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú/ Instituto Riva-Agüero.
- Zanetti, S. (1999). "La trama de voces en *El Lazarillo de ciegos caminantes* de Alonso Carrió de la Vandra". En C. Perilli (Coord.) *Las colonias del Nuevo Mundo. Discursos imperiales* (pp. 255-266). Tucumán: Instituto Interdisciplinario de Estudios Latinoamericanos (IIELA), Universidad Nacional de Tucumán.